

“Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.” (Juan 3,13-17)

Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

En nombre de Jesús y bajo el signo de la cruz se han tejido miles de historias de redención y también de condena. Para los cristianos de hoy el recuerdo más flagrante y doloroso de la fe vivida como opresión nos lleva a la etapa de la inquisición, cuando en nombre de Dios y bajo el signo de la cruz, la iglesia, aliada al poder de los estados, cometió gravísimos atropellos.

Me pregunto en qué clave leerían entonces el texto del evangelio que hoy reflexionamos. Nuestro Dios se ha hecho hombre para salvar, no para condenar a la humanidad.

Proclives como somos a la ley del péndulo, en no pocas circunstancias he podido observar la postura de quien se siente salvado y exento de toda responsabilidad y compromiso. Pasamos del rigorismo a una postura “facilista”, ajena al compromiso exigente de la fe.

Celebrar la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz implica contemplar que en Cristo hemos sido redimidos y al mismo tiempo asumir la renuncia y el esfuerzo como compañeros de camino en el seguimiento del crucificado.

Hemos de superar las reminiscencias de rigorismo y el dolorismo para dar lugar a una madura y serena aceptación del dolor y el sufrimiento que conlleva. Se trata de un equilibrio que nos desafía. Poco a poco, y nutriéndonos desde las experiencias, podemos ir descubriendo el valor auténtico de la cruz en nuestras vidas.

El dolor de la cruz no es objetivo sino consecuencia de una opción mucho más profunda, que hunde sus raíces en el amor desinteresado por los demás.

Quizá los padres y las madres, en su esforzada entrega cotidiana, sean signos elocuentes de ese misterio de amor. ¿Quizá por eso María Josefa Recio, nuestra Fundadora, identificaba el servicio a los enfermos con la entrega de una madre por sus hijos? La cruz, desde el amor, jamás puede reducirse a la experiencia del dolor. Al contrario, se convierte en fuente de una profunda paz y madurez espiritual.

El XX Capítulo General, afirma que: *“...la experiencia de la cruz y el servicio hospitalario fortalecen nuestra opción, personal y comunitaria.”* La cruz, desde su profundidad evangélica, es escuela de fidelidad

